

Carta de París

El último diario de nuestro amigo Valerio

Gustavo Guerrero

De los últimos años del diario de Valery Larbaud no conocíamos hasta ahora sino las dos versiones parciales que Robert Mallet publicara hace ya casi medio siglo. La primera salió a la luz con la edición de las *Oeuvres complètes* de 1954; la segunda se incluyó en el volumen independiente *Journal 1912-1935*, que apareció un año después. Ambas fueron el fruto de una rigurosa selección que Mallet y el autor establecieron de común acuerdo, y que al final sólo permitió la reproducción de una tercera parte de las notas consignadas en los manuscritos. Un sinnúmero de pasajes quedaron casi inéditos y, en cierto modo, parecían condenados al olvido. Y es que se necesitaba mucho entusiasmo, no poca paciencia y un gran amor por la obra de Larbaud para emprender una reedición integral de sus cuadernos íntimos. A mediados de la última década, Claire Paulhan y Patrick Fréchet decidieron aceptar el reto y, después de dar a la estampa *D'Annency à Corfou, Journal 1931-1932* en 1998, completan ahora su trabajo con la publicación de *Valbois, Berg-Op-Zoom, Montagne Ste. Geneviève, Journal 1934-1935*¹.

Esta edición merece un comentario no sólo por los nuevos datos biográficos que aporta sino también por el paradigma ecdótico que instaura y emplea. Todos aquellos que han frecuentado los manuscritos autógrafos —esos objetos frágiles, heterogéneos y semánticamente saturados— no ignoran cuán difícil suele ser la tarea de transcribir con fidelidad un texto, es decir, de reproducirlo de una manera a la vez clara y exhaustiva. En el espacio gráfico de la página escrita a mano, cualquier trazo, enmienda o garabato se vuelve signo: es una huella del proceso de redacción y la expresión de una intencionalidad que debe ser registrada, descifrada y traducida en forma inteligible. Percepción y exégesis, semiótica y filología marchan al unísono en un peligroso equilibrio del que depende el éxito o el fracaso de la transcripción. Cuando se trata de un diario íntimo, lugar por excelencia de un lenguaje privado, se añade por lo general el problema de la interpre-

¹ *Editions Claire Paulhan et Editions du Limon, Paris, 1999, 319 pp.*

tación del idiolecto del autor, un asunto que puede convertirse en un verdadero rompecabezas en el caso de un escritor cosmopolita, políglota y secreto como Valery Larbaud. La edición de Paulhan y Fréchet vence estas dificultades, pues no sólo transcribe íntegramente todas las notas –y constituye, en este sentido un auténtico «restablecimiento» del texto–, sino que además lo hace respetando las peculiaridades del documento original. Se reproducen así las características tipográficas y ortográficas del manuscrito, las frases consignadas al margen y a pie de página, las enmiendas y correcciones, amén de la cantidad y el lugar de las páginas arrancadas del cuaderno. A esta meticulosa transcripción se suma un aparato crítico que ofrece una traducción sistemática de las numerosas frases en lenguas extranjeras y una batería de notas que permite aclarar los diversos contextos de la escritura. Dos extensos índices –nombres y títulos citados– y una serie de anexos sacados de la correspondencia del autor completan el dispositivo. El especialista no puede menos que celebrar una edición tan cuidadosa y atenta; el neófito ha encontrado en ella una estimulante lectura que le invita a prolongar su viaje por el universo de Larbaud. El uno y el otro pueden descubrir por fin, con este volumen, el autorretrato de un hombre que ya no se muestra solamente de perfil, sino que aparece ahora de cuerpo entero: todo él en su cita cotidiana con la existencia, el pensamiento y la escritura.

En efecto, esta primera edición integral no sólo supone un cambio cuantitativo, sino que acarrea también un cambio cualitativo que modifica nuestra apreciación. Comparado con las versiones de Mallet, el texto pierde ahora el aspecto un tanto impersonal de un cuaderno de trabajo y se abre a los espacios de la intimidad, de la confianza y de las cosas vistas y oídas con el correr de los días. Larbaud anota sus paseos por *Paris-ma-grande-ville*, hace el inventario de los trabajos por efectuar en el castillo de Valbois, dice su amor por María Ángela Nebbia y por la pequeña Latea, y no duda en fustigar una y otra vez a los tres figurones literarios que infectan la vida parisiense: los snobs de las publicaciones mundanas, los insoportables *pelmazoïdes* –palabra que calca del español «pelmazo»– y las gentes de la *liste noire* –el grupo de Sylvia Beach y Adrienne Monnier. En sus observaciones volvemos a encontrar las cualidades estilísticas y morales que le dan un sabor especial a su prosa –la marca inconfundible del lenguaje de Larbaud. Y es que, como el novelista y el ensayista, el diarista combina, en exactas proporciones, la viva curiosidad del viajero siempre dispuesto a descubrir algo nuevo, la fina sensibilidad del hombre ético atento a los gestos y a las palabras del otro, y la conciencia crítica de un intelectual que analiza con juicio severo los más diversos fenómenos de su